

A woman with long, wavy brown hair is shown from the chest up, wearing a white lace dress with a ruffled collar and long sleeves. She is holding a black parasol over her head. The background is a soft-focus scene of a river at sunset, with trees and a building reflected in the water. The overall tone is romantic and historical.

LAS DANKWORTH V

---

PARA SIEMPRE  
JULIET

---

MILE BLUETT

*Un romance prohibido en el Londres victoriano.*

*¿Qué serán capaces de hacer por amor?*

Juliet es la última de las hermanas Dankworth que abandona su hogar para apoyar a su madre y buscar sustento. Su padre solo pudo legarle el libro de Shakespeare al que debe su nombre, y ha resuelto no terminar como la protagonista. Está decidida a cumplir de forma intachable con su nuevo puesto de acompañante y las peculiares exigencias de la familia para la que trabaja, hasta que una mirada taciturna se atraviesa entre ella y su determinación.

Raphael Seward ha logrado convertirse en médico a pesar de la negativa de sus acaudalados padres, que le exigen tomar su lugar en el próspero negocio familiar. Cuando conoce a Juliet, descubre que no hay criatura más dulce, valiente y bondadosa, y que es la única que podrá traer luz a su corazón.

Raphe y Juliet tendrán que luchar por defender su amor contra los prejuicios y los convencionalismos morales que se levantan como murallas entre los dos.

## Índice de contenido

Cubierta

Para siempre Juliet

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Cita 2

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mi madre, Madelin, y a mi tía Marlene les dedico la historia de amor de una de las hermanas Dankworth, Juliet.*

*«Amor es fuego aventado por el aura de un sus-  
piro».*

*Romeo y Julieta, William Shakespeare*

## Prólogo

Mi querida Juliet:

Ni siquiera sé con qué palabra iniciar esta carta, porque es evidente que mi final se acerca y no quiero que cuando la leas pienses en lo que hemos perdido. Te dejo antes de lo que jamás imaginé. Me perderé verte florecer en tus mejores años, y no sabes lo que me duele, hay tantas cosas que aún quiero enseñarte, pero confío en que tu madre terminará de formarte. Hija mía, perdóname por no darte más de lo que anhelaba para ti. Espero que mi recuerdo y el amor que te he profesado suplan cualquier carencia a la que tengas que enfrentarte.

Nunca olvides lo valiosa que eres. La fortaleza de tu corazón hará que atraveses cualquier oscuridad. ¿Quién puede resistirse a tu sonrisa que ilumina todo a su alrededor?

Te quiero, pequeña, siempre que me necesites mira al cielo y no olvides cuánto te he amado.

Tu padre,  
William



## Capítulo 1

### *Finales de enero de 1880*

Abandonar su querido Stratford-upon-Avon en un carruaje rumbo a la estación ferroviaria más cercana estuvo a punto de arrebatarle una lágrima a Juliet, pero sabía que no estaba bien llorar en público y aunque sus padres la habían apoyado siempre, para que no se sintiera atada a las costumbres de la sociedad, aquella situación, desconocida la obligaba a comportarse de la forma más prudente posible. Juliet sabía que el mundo exterior era muy diferente a su pequeño universo en el pueblo donde había crecido. Lo constató las pocas veces que salió de viaje con la familia. Y aunque no la asustaba, sí sentía que algo se quebraba en su interior. ¡Ya nada volvería a ser como antes!

El sonido proveniente de las ruedas del ferrocarril acompañaba el susurro de sus pensamientos. No le permitía olvidar que desde ese día la vida feliz que tuvo con su familia quedaba atrás. Aunque, tal vez, no era consecuencia de su partida. Desde 1874, cuando su amado padre, el doctor William Dankworth, falleció por unas fiebres que se lo llevaron muy pronto, su hogar no se recuperó. La situación económica de los Dankworth no pasaba por el mejor momento, y las hijas tuvieron que llenarse de valor y enfrentar la nueva realidad.

Las hermanas Dankworth habían crecido protegidas por el amor de su madre, Cordelia, quien las preparó, sin saberlo, para su destino. Su antigua profesión de institutriz, aunada a la fascinación del padre de las muchachas por la lectura, las inspiró para que devoraran todos los libros de su pequeña pero bien provista biblioteca. La madre siempre creyó que debían ser duchas en muchas artes y ocupaciones, y a las señoritas les gustaba aprender.

Beatrice, la mayor, dominaba el arte de preparar un buen guiso y estupendos postres; Portia había heredado la sensibilidad de su padre por las letras; Miranda dibujaba con una gracia increíble y Ophelia había dado buen uso a su educación, decantándose por la labor de institutriz. Sus hermanas mayores supieron enfrentar el penoso giro de encontrarse, de pronto, jóvenes, solteras y sin dote. Y con la frente en alto y el alma llena de esperanza dijeron adiós a su hogar en busca de un mejor futuro para ellas y para las que dejaron atrás.

Llegado su momento, cada una de las hermanas siguió el ejemplo de la mayor, Beatrice. Y aunque Cordelia sentía su corazón romperse con la despedida de sus hijas, no tuvo fuerza para detenerlas. Sabía que eran extraordinarias y debían salir a conquistar su porvenir.

Juliet jamás imaginó que irse también sería su suerte. Sus hermanas intentaron convencerla para que se quedara haciéndole compañía a su madre, pero tampoco le daría paz. No quería ser una carga para nadie, y si las demás habían mostrado su valía, ella estaba decidida a corresponder el esfuerzo.

Cuando se planteó la posibilidad de ganarse la vida, caviló sobre cuál faena se le daba mejor. Primero pensó en colocarse como institutriz y seguirle los pasos a Ophelia, su corazón bondadoso y su amor por los niños podrían hacerle más fácil esa opción; pero Cordelia decidió recurrir a sus conexiones y apareció en el horizonte una alternativa para nada despreciable.

En el tiempo que la señora Dankworth había trabajado como institutriz, tuvo la oportunidad de conocer a la señora Gertrude Seward, una bella mujer que, ya entrada en edad, al conocer de sus intenciones de colocar a su hija, le abrió las puertas con un puesto hecho a la medida para una madre que dejaba ir a su pequeña hija de diecisiete años, con la angustia de no estar ahí para protegerla.

Juliet no pudo negarse ante la petición de su madre. Terminó por aceptar el ofrecimiento. Le brindaba la oportunidad de partir a Londres, donde vivían dos de sus hermanas y a quienes podría recurrir de ser necesario para algún consejo o guía.

Cuando se despidió de su madre, hizo un gran esfuerzo para que no notara que se marchaba con el alma rota. La iba a extrañar demasiado, tanto como ya añoraba a sus hermanas. La pérdida de su padre, aunque había ocurrido hacía algunos años, aún no dejaba de dolerle. Era difícil vivir sin su fuerte y protectora presencia. El doctor William Dankworth había dejado en su familia un influjo muy presente. Ese pesar, unido a la urgencia de dejar la casa donde creció y se dedicó a coleccionar experiencias, le daba vueltas en la cabeza una y otra vez.

Esperaba que la señora Seward, para quien trabajaría en adelante, fuera tan buena y justa como su madre le había asegurado; sería una suerte para una muchacha sin dote ni herencia. Su padre solo le había podido legar un hermoso tomo de cuero y letras doradas que consistía en su único bien material de valor sentimental.

Aquel libro era amado por el vínculo con su progenitor, y era el responsable de su poca fe en el amor, o en las decisiones que se toman bajo su influencia. El texto no era otro que *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare, de quien el doctor Dankworth había sido un ferviente admirador, tanto como para construir toda una vida en el pueblo de donde era originario el autor.

Al principio, aquella historia la hizo crecer con ilusiones en el amor romántico; pero tras conocer el dolor de la pérdida de su padre y ser testigo de una decepción amorosa de una de sus hermanas, cambió de opinión. Por nada del mundo quería tener un amor como el de Romeo y Julieta para su vida. Su sacrificio ya no le parecía meritorio, concluyó que los protagonistas de la historia fueron dos jóvenes impulsivos que no pensaron en las consecuencias de sus actos. Se juró que nunca haría una locura por amor, y estaba muy segura de ello, pues era una jovencita muy centrada y juiciosa.

Tras el largo viaje y sus reflexiones, la ciudad de Londres quedó de nuevo ante sus ojos. La había visitado muy pocas veces y siempre le había fascinado con la llegada, pero tras los primeros días la emoción la abandonaba y la embargaba un enorme deseo de regresar. El exceso de gente agitada, los animales sobre aquellas calles atestadas de carruajes, los ruidos incesantes y los variados olores, a la par que las edificaciones enormes y próximas, le daban una sensación de bruma, de la que no se podía librar hasta pasado un buen rato.

El día de su arribo fue diferente. Lo gris del panorama, producto de la época invernal, en vez de atormentarla, terminó por aumentar su melancólico estado y más que abrumarse tuvo deseos de llorar. Tras abordar un carruaje y ser llevada hasta Berkeley Square, donde se levantaba la enorme mansión en la que serviría, descubrió que, en esa zona del West End tan elegante de Londres, su aprensión por los tumultos de gente no la incomodaría demasiado. Las mansiones eran amplias y poseían vastos jardines que en primavera de seguro lucirían verdes y florecidos.

Se presentó con su mejor cara en Seward House, la residencia de una familia adinerada que había aumentado la fortuna heredada al apostarle al comercio de los lingotes de acero.

La recibió el ama de llaves, la señora Hudson. Juliet solo deseaba una taza de té caliente y un sitio donde poder cambiar sus vestiduras por unas más templadas, y la mujer pareció leerle la mente porque se lo ofreció con prontitud.

—Esta será su habitación. Ha llegado usted antes de lo previsto —le comentó.

—El viaje no tuvo contratiempos y me permitió llegar anticipadamente.

—Gracias a Dios, con este clima a veces no es conveniente trasladarse. Por fortuna, eso juega a su favor, los señores están fuera y llegarán uno o dos días después, lo que le permitirá reponerse del viaje para estar lista a su arribo.

—Es una bendición. De igual modo me repongo muy rápido, estaré lista para lo que se ofrezca.

—Puede aprovechar para reconocer la propiedad, eso le facilitará mucho las cosas.

Juliet le tomó la palabra a la señora Hudson y esa noche se durmió temprano. Al día siguiente, con la energía que confiere el reposo y un buen desayuno tibio, decidió recorrer la mansión, llena de pabellones y alas que daban cuenta de la bonanza en las arcas de los Seward.

Jane, la doncella de la señora Seward, quien se había adelantado al regreso de su señora para preparar las condiciones para recibirla, le sirvió de guía y, tras un breve recorrido, terminaron en la biblioteca.

—Es enorme la propiedad, pero el paseo termina aquí. Hay áreas que son privadas de los señores. Supongo que las conocerá solo de ser necesario.

—Entiendo. Es una casa muy bonita —dijo Juliet.

—La señora Hudson me pidió que la trajera a este rincón de la biblioteca, dice que es el asignado para que seleccione las lecturas de la señora Seward. Ya la vista no le ayuda y es una ávida lectora.

—¿Cómo sabré cuáles ya ha leído y cuáles le faltan por leer?

—La señora Seward no tiene problemas con repetir, suele leer los textos más de una vez.

—¿Alguna sugerencia?

—En eso sí no le puedo ayudar. Se disculpa la señora Hudson por no poder brindarle un sitio más privado, pero aún no se termina de acondicionar la salita de la señora Seward. Decidió reformarla antes de su llegada. Ha colocado un piano, un secreter, nuevas cortinas y papel tapiz, está muy contenta, como si su presencia le trajera un nuevo soplo de vida. Parece que estará muy entretenida. Ella está muy emocionada con su incorporación —agregó con una sonrisa cómplice.

—Me alegra saberlo.

Juliet descubrió que Jane tenía el don de la palabra, delante de la señora Hudson no había sido tan parlanchina, pero le agradaba tener con quien conversar. Al menos no se sentiría tan sola.

La servidumbre era numerosa, más de lo que, a juicio de Juliet, necesitaban, y aún faltaba por llegar el personal de los señores.

—La biblioteca es hermosa.

—Aquí tiene —le dijo Jane extendiéndole una hoja con una caligrafía muy elegante.

—¿Qué es?

—Anotaciones que envió la señora sobre sus horarios, sus medicamentos y otras peculiaridades. Le ayudará memorizarlos.

—Muchísimas gracias. Será de gran ayuda.

El lugar no le molestó, al contrario, le pareció maravilloso. Siempre había querido pasar horas en una biblioteca inmensa y llena de libros. Imaginó lo feliz que hubiera sido su padre ahí. Se prometió explorarla cuando terminara su labor. Trató de imaginar cuáles serían los gustos de la señora Seward y se decantó por los romances que inundaban uno de los estantes.

Acomodó el área designada y se sentó tras una montaña de libros para elegir los más idóneos para las primeras semanas. Cuando terminó, tras anotar el orden cuidadosamente, tomó su libro de *Romeo y Julieta*, lo abrazó y recordó a su padre. No pudo evitar echarlo de menos y a la vida que tenían todos juntos. La carta de su progenitor cayó del interior de sus páginas y sus líneas escritas con un ferviente amor paternal le robaron otra vez unas lágrimas. Conmovida, se permitió sollozar, sabía que estaba sola y en la mansión solo se encontraba el servicio. Ya se había contenido demasiado tiempo y no pudo más. Se rompió como un jarrón de fina porcelana que se quiebra y derrama toda el agua en su interior, de golpe y abruptamente. Y en cuanto fue consciente de su estado, llena de temor de que alguien la sorprendiera, trató de calmarse.

Respiró, intentando recomponerse, y se animó con la idea de curiosear los libros para así distraerse de su pena. Tal vez encontrara tesoros que podría hojear antes de la llegada de la familia.

Comenzó el recorrido y, cuando más distraída estaba, descubrió que no era la única persona en la biblioteca. El corazón se le paralizó. Había un hombre tras otra montaña de libros que había permanecido muy callado. ¿Cómo no se había percatado? Se lamentó por su descuido. No pasaba de los treinta años, de cabellos oscuros y mirada taciturna, correctamente vestido, salvo por su lazada, que lucía desanudada, y que, junto a sus pronunciadas ojeras, daba cuenta de su desvelo y las horas de estudio que saltaban a la vista. Él le lanzó una mirada interrogante y ella se turbó.

«¿Por qué el ama de llaves no me dijo que había otra persona deambulando por la propiedad?», pensó pudorosa. Se preguntó quién sería el hombre que sin nada de recato no le quitaba los ojos de encima. Un comportamiento por completo inapropiado. Su gesto era inquisidor. Su ropa elegante daba cuenta de su posición.